

# LA COLECCION DE CERAMICA MOLLO DEL MUSEO DE PREHISTORIA DE VALENCIA

*por Juan Francisco Canterla*

El diplomático argentino Rubén Vela, siendo cónsul en Valencia, donó una importante colección de cerámica boliviana al Museo de Prehistoria de dicha ciudad. En 1964 fue estudiada por nosotros y presentada como tesis de Licenciatura en 1968 en la Universidad de Sevilla, Ahora damos a conocer por primera vez los resultados de dicho estudio, si bien tan sólo incluimos el trabajo sobre los materiales Mollo, que comprenden aproximadamente la mitad de las piezas de dicha colección. Sucesivamente iremos publicando las cerámicas megalíticas, tiwanakotas, inkas, nazcoide y presto-puno.

El fin principal de nuestro estudio es llamar la atención de los especialistas sobre la existencia de esta colección y mostrar sus aportaciones para el conocimiento de la arqueología boliviana, si bien, lejos de presentar exclusivamente un trabajo descriptivo, hemos tratado de resaltar los aspectos más destacados de esta cultura con un sentido más amplio. Para ello nos hemos basado en algunas de las pocas publicaciones sobre la materia con garantías científicas suficientes. Otros datos proceden de las fuentes de la época de la conquista

o de libros de viajeros posteriores, los que, pese a ser pocos, no dejan de tener interés por lo que representan de confrontación con los resultados de las excavaciones. Se comprenderá el atraso de los estudios sobre estas culturas al comprobar que muchos de estos datos son enteramente nuevos, pese a que los cronistas siguen siendo botín predilecto de gran parte de los arqueólogos.

En una segunda parte de este artículo se estudian los materiales Mollo que se exhiben en las vitrinas del Museo de Valencia. Tanto los dibujos como la tipología están hechos exclusivamente a base de los ejemplares de esta colección, y aunque existen otros que quedan fuera del alcance de nuestro trabajo, las modificaciones que puedan hacerse con materiales publicados son mínimas. Nada, en cambio, se puede predecir sobre lo que puedan aportar nuevas excavaciones.

Al hecho de que los estudios sobre estas culturas están en sus comienzos se une el de que tanto los especialistas bolivianos como los extranjeros han centrado generalmente su atención en las Altas Culturas o bien en aquellas otras que sin estar incluidas en este grupo presentan alguna faceta destacada, generalmente de tipo artístico. Tiwanaku por sí solo llena casi por completo toda la arqueología de este país. Sus ruinas continúan pasmando, aun hoy, a los científicos como hace siglos sucediese a conquistadores y viajeros. El tema es de por sí tan importante que esta plena dedicación a su desentrañamiento es comprensible. Sin embargo, ello ha retrasado notablemente el conocimiento de culturas tan interesantes como la que nos ocupa, hasta el punto de que el día en que se desarrollen los estudios sobre ellas quedará totalmente modificado el panorama actual de la arqueología boliviana.

## INTRODUCCION

### El nombre

El período a que nos referimos comienza a conocerse ahora y cuenta con una monografía de Ponce Sanginés, base fundamental para los trabajos posteriores que se hagan sobre estas culturas (Ponce, 1957-a). Existen otros estudios de menor importancia. Sin embargo, conviene resaltar aquí que generalmente se conoce a estos pueblos con nombres diferentes, bien inspirados por el tipo cerámico más frecuente en los yacimientos —*Mollo*— o con algún que otro sinónimo abstracto impuesto, la mayoría de las veces, por arqueólogos norteamericanos, como es el caso de la designación de «Período Intermedio», de Rowe, etc.

Ninguna de estas dos denominaciones sirve a los efectos de nuestro trabajo: la primera porque viene a aclarar tan sólo uno de los muchos tipos cerámicos del período, que estudiaremos posteriormente, y de ahí que no pueda ser aceptada en un trabajo de carácter general; la segunda, porque en nada aclara el contexto cultural o las características del período, ya que, como dice Alcina, son «fundamentalmente subterfugios empleados para eliminar el problema, siempre arduo y peligroso, de bautizar, de una manera precisa y clara, el período que se trata de designar» (Alcina, 1966-a, 449).

Otras denominaciones son más completas, ya que aluden a alguna de las características más destacadas de estas culturas. Tales son, por ejemplo, la de «Período de diversificación regional», de W. Kauffman Doig, o la de «Período de reinos y confederaciones», utilizada por Matos Mendieta (1966).

El hecho de que nosotros hayamos aceptado como título de nuestro trabajo esta última se debe a una serie de consideraciones que exponemos a continuación. Primeramente, porque viene a resaltar, sin duda alguna, la cualidad más sobresaliente de una época y en una región determinada de Perú —Mantaro—, cuyas características sociales, políticas y posiblemente religiosas coinciden en gran escala con las de la cultura a que nos referimos en nuestro trabajo. Además,

porque de este modo pretendemos desligarnos de esa corriente que parece entender la prehistoria de Bolivia como una entidad en sí misma. Por fin, porque la falta de desarrollo de la arqueología de Bolivia puede compensarse, en gran parte, *en un intento de unificación y relación con el resto de las culturas andinas, con las que sin duda guarda íntima relación, salvando particularidades regionales.*

### **Origen cultural del periodo**

Naturalmente, la escasez de fuentes escritas obliga al arqueólogo a basarse casi exclusivamente en los restos materiales para tratar de ofrecer una idea aproximada de la vida de estos pueblos y particularmente de su origen.

El problema del entronque cultural del periodo es muy complejo y está aún por resolver. Existen dos versiones antagónicas. Una de ellas es la sostenida por Ibarra Grasso, quien señaló primeramente un periodo que sucedía cronológicamente al Tiwanaku Expansivo, pero que estaba aún implicado en su historia y correspondía al tiempo de la formación de los Reinos Collas (Ibarra Grasso, 1963). Posteriormente, este mismo autor consideró que la cultura Mollo se había desarrollado inmediatamente después de la época expansiva, mientras que la verdadera formación de los reinos collas sería *relativamente posterior* (Ibarra Grasso, 1965, 149).

La estratigrafía no parece concederle toda la razón. El yacimiento M-8 Muccha-cruz, excavado por Ponce Sanginés, ofreció la única secuencia que conocemos. Aparecía en los estratos más bajos cerámica tosca y utilitaria; encima, el estilo tiwanakota puro, así como una interpretación regional del mismo; las capas superiores mostraron cerámica roja lisa (tipo Mollo) y finalmente restos incaicos mezclados con los anteriores (Ponce, 1957-b, 48-49).

La suposición de Ibarra no está, pues, de acuerdo con lo que refleja la estratigrafía, aunque en rigor tampoco existen motivos suficientes que prueben la existencia de una interpretación regional del estilo tiwanakota como pretende Ponce Sanginés, tal vez excesivamente empeñado en mostrar una independencia casi absoluta entre ambos periodos. Sostener esta tesis equivale a negar un *prestigio* a Tiwanaku, esto es,

un foco de irradiación de creencias e ideas al mundo andino, suficientemente probado ya.

Es, sin duda, la misma evolución histórica de Tiwanaku la que puede proporcionarnos una pista sobre este origen, y si se admite la formación de un verdadero Imperio en la época expansiva, puede imaginarse fácilmente que estos reinos surgiesen a consecuencia de su desmembración, asimilando algunas características culturales de los dominadores.

Artísticamente no existen tampoco mayores diferencias. Se observa, no obstante, en esta época un menor cuidado estético, un mayor empobrecimiento y, sobre todo, una acusada falta de interés por la perfección, comprensible en un período donde todo se hacía como consecuencia de la guerra. Ello no debe extrañar demasiado, teniendo en cuenta que la misma cerámica expansiva comienza ya a revelar esta acusada falta de calidad que degenerará, al llegar la época que estudiamos, en un verdadero caos de las formas y la decoración, aunque sin duda inspiradas en las del período anterior.

Creemos, en definitiva, que se trata de una época de *vulgarización*, inspirada en parte por las creaciones tiwanakotas expansivas (o decadentes), con aportes regionales que suelen ser más personales cuanto más lejos se producen de la zona de influencia de Tiwanaku.

## **Cronología**

Cronológicamente, el período de «Reinos y Confederaciones» abarca un espacio de tiempo bien delimitado y común a todas estas culturas. Surge en las postrimerías del Tiwanaku Expansivo, aunque con sus raíces bien echadas en él (1.250 d. de C.) y pervive, según las diversas regiones, hasta el momento en que se produce la conquista incaica. Curiosamente la cultura Mollo pervivió hasta la llegada de los españoles, pese a que la conquista de la zona por los incas sucedió en 1450.

## **LOS PUEBLOS DEL PERIODO DE REINOS Y CONFEDERACIONES**

Ni que decir tiene que nosotros no pretendemos hacer aquí otra cosa que tratar de ofrecer el panorama de la vida de unos

pueblos que habitaron en las Tierras Altas del área andina durante el período de tiempo antes delimitado.

A estos pueblos se les conoce en la bibliografía por los tipos cerámicos que los caracterizan, y dado que en principio fueron las vasijas Mollo las mejor estudiadas, toda una serie de nuevos estilos que sucesivamente iban apareciendo fueron relacionados con aquéllas, hasta que finalmente, y con gran acierto, Ponce Sanginés pensó que «la solución más apropiada consistiría en decir... que pertenecían a (un) mismo horizonte estilístico» (Ponce, 1957-a, 109). Así, pues, comenzó a verse el problema de que con posterioridad a la caída de Tiwanaku existían en Bolivia pueblos diferentes, pero que guardaban algún tipo de relación entre sí, hasta el punto de llegar a formar un horizonte estilístico.

Qué pueblos eran estos y cuáles eran sus nombres, es cuestión poco menos que imposible de aclarar. Los estudios lingüísticos y de Antropología física están aún poco desarrollados en Bolivia y escasas luces pueden aportar a la solución del problema. Ibarra Grasso, contestando a una pregunta que le hicimos sobre esta cultura, nos decía que «correspondía a los aymaras históricos en una primera época, sucesora inmediata de la civilización del Tiwanaku Expansivo». Sin embargo, este mismo arqueólogo llega a reconocer en otro lugar, y a nuestro juicio con acierto, que los intentos de unificación lingüística llevados a cabo, primero por los incas y posteriormente por los españoles, supusieron la suplantación de numerosas lenguas por el aymará, hecho que viene a confirmar la posibilidad de que anteriormente existiesen pueblos con lenguas diferentes, de las cuales aún perviven unas cinco, según el citado autor.

El fraile franciscano José Cardús (1886) se refiere a las lenguas que se hablaban en el país y cita aproximadamente unas treinta para 1883-84, lo que puede ser revelador para evaluar los pueblos antiguos a que correspondería tal número de lenguas.

Por su parte, los cronistas también se refieren a alguna de estas culturas. Sus escritos nos ofrecen el panorama de un verdadero mosaico de reinos que no sólo guardaban una

identidad cultural común, sino que, además, se aliaban entre sí formando confederaciones.

Puede, por tanto, hablarse de que en Bolivia, después de Tiwanaku, existieron grupos diferentes, cada uno de los cuales hablaba su propia lengua. Los restos arqueológicos nos revelan, además, que tenían características culturales propias, aun cuando guardaban relación entre sí. La existencia de esta diversidad de pueblos es fundamental para el conocimiento del período a que nos venimos refiriendo, al mismo tiempo que configurará la que será su característica primordial. De creer a Fray Martín de Murúa « .. había muchísimas provincias e indios de muchos géneros... y por poder faltar tinta para señalar y papel para los asentar, todo se deja en silencio» (Murúa, 1946, 215).

### **Economía**

La particular configuración política de estos reinos en la época inmediatamente posterior a la expansión tiwanakota llevaría a suponer que todos ellos practicaban un tipo de economía autárquico, a base de aquellos productos que ofrecían las distintas zonas en que se hallaban emplazados. Las excavaciones, sin embargo, han probado que este era insuficiente en la mayoría de los casos y que, del mismo modo que se aliaban militarmente entre sí, se vieron obligados a establecer lazos comerciales que en muchos casos implicaron la expansión del estilo artístico.

Contamos con algunos datos que prueban este hecho, como el hallazgo de vasijas por Crequi-Monfort en Calama, idénticas a las que él mismo había descubierto en las tumbas prehispánicas del valle de Cagua, a unos 300 kilómetros de distancia del centro anterior. Dice este autor: «Le fait que le vase... est le seule modéle trouvé à Calama démontrent suffisamment que celui-ci a dû être acquis par les habitants de Calama» (Crequi-Monfort, 1904). También Ponce Sanginés explica la existencia de vasijas tiwanakotas entre los materiales Mollo como consecuencia de un activo comercio del maíz, que según testimonios de 1586 —lo cita el mismo autor— aún se cultivaba en la zona (Ponce, 1957-a, 41). Vázquez de Espinosa dirá más tarde, refiriéndose a los pueblos de estas re-

giones, que traían «el mais y los frutos de los valles calientes y de los llanos».

Este sistema comercial debió extender, paralelamente a algunos cultivos, complejas técnicas agrícolas. Las excavaciones han revelado la existencia de andenerías, canales de irrigación y silos para preservar los productos, hecho no sólo importante en cuanto se refiere a la multiplicación de la producción, sino porque además capacitaba a estos pueblos para un género de vida más avanzado.

El tipo de economía era indistintamente agrícola o ganadero y en muchos casos mixto. Sin duda este tipo de economía mixta, dice Rex González, «es única en América y confiere a estos centros caracteres muy particulares» (González, 1966, 245). Los productos agrícolas más frecuentes eran los tubérculos, como la papa y la oca, y los cereales, principalmente el maíz, base de su alimentación y al mismo tiempo del comercio. Los animales empleados en el tiro, en la alimentación y aprovechados para otros menesteres, como para la confección de vestidos, fueron la llama, la alpaca, la vicuña y el guanaco, que según el mismo autor (González, 1966, 244) tuvieron su centro de domesticación en estas regiones.

### **Características militares**

Los adelantos técnico-agrícolas, la sucesiva mejora de los cultivos y productos y, en último término, las relaciones comerciales que sostuvieron entre ellos, permitieron un género de vida más avanzado y la formación de pequeños centros urbanos, en los que cabe hablar ya de una incipiente urbanización, con calles trazadas de acuerdo a un plan, en torno a las cuales se edificaban casas, cuyos muros no sólo eran de adobe, sino en muchos casos de piedra. La preponderante actividad bélica les obligó a buscar lugares estratégicos y a crear fortalezas y chullpas para defenderse. La existencia de estos centros y la característica militar debieron implicar un concepto jerarquizado de la sociedad y la obediencia de la población a una única cabeza.

Las características militares del período que estudiamos están influidas en gran parte, al menos en un primer momento, por Tiwanaku, hasta el punto de que, en cierto sentido, po-



dría hablarse incluso de continuación, porque es a raíz de la expansión tiwanakota cuando comienzan a surgir todos estos pequeños reinos que inmediatamente, por razones no suficientemente claras para ser expuestas, aunque fáciles de suponer, se entregan a la guerra.

Cieza de León, refiriéndose a ellos, cuenta que todos los indios con los que él había hablado «concordaban en que sus antepasados vivían con poca orden antes que los inkas señoreasen y que por lo alto de los cerros tenían sus pueblos fuertes de donde se daban guerra» (Cieza, 1853).

La actividad bélica, preponderante en este período, como ya señalamos, los llevó a una segunda etapa, caracterizada por la formación de confederaciones. Faltan también en este sentido datos para conocer cuántas y cuáles eran éstas. Lo que se conoce en los cronistas como pueblo colla, y que interesa particularmente a nuestro trabajo por estar íntimamente relacionado con la cerámica Mollo, no debió ser otra cosa, Fray Martín de Murúa, cuando habla de los habitantes de las regiones próximas al lago Titicaca, dice: «... antiguamente había Rey en el Collao... y fue señor desde Vilcanota hasta Chile» (Murúa, 1946, 210).

La conquista de estas zonas por los incas demuestra que a la llegada de éstos aún pervivían ambos tipos de regímenes políticos: el de pueblos que permanecían aislados, autosuficientes en muchos casos, y que ofrecieron escasas resistencias, y confederaciones, de mayor importancia, que no sólo obstaculizaron y retardaron la conquista, sino que, además, una vez sometidos militarmente, la harían efímera a causa de sus sucesivos levantamientos, como es el caso de los Collas.

## La religión

En el marco general de la historia del área andina la época de Reinos y Confederaciones representa una etapa desintegradora, política y religiosamente. Se contrapone, pues, a esa idea unificadora que se manifestó en Chavín y Tiwanaku, y que sólo militarmente cristalizaría en el período inkaico. La misma cultura tiwanakota, caracterizada por el predominio de una unidad religiosa —al menos así suele presentarse ge-

neralmente el problema— parece llevar echadas en sí misma las raíces de esta desintegración posterior.

Por otra parte, la crueldad con que el militarismo tiwanakota se impuso a los demás pueblos y que acarreó la imposición religiosa, viene por sí solo a explicar el resurgir de estas pequeñas culturas locales en las que imperará un tipo de culto *vulgar* al que nos referiremos más tarde. De mal grado podía ser aceptada aquella religión por unas gentes a las que, según los cronistas, caracterizaba un fuerte espíritu de independencia. En la misma época expansiva «ranas, sapos y animales semejantes» comienzan ya a hacerse notar a través de la cerámica y de grabados, como la piedra esculpida de Chiripa (Ponce, 1957-a), del mismo modo que lo hicieron en el Antiguo.

Murúa (1946, 164), refiriéndose a los Collas, llega a calificarlos de gente «idólatra y vil», los cuales, aun después de su conversión a la religión católica, continuaban las prácticas anteriores. Su panteón era sumamente rico, ya que adoraban prácticamente todas las cosas que destacaban por alguna cualidad especial. Los serranos —dice el mismo Murúa— «adoraban principalmente el relámpago, el trueno, el rayo..., las tempestades, remolinos de viento..., las lluvias y el granizo» (Murúa, 1946, 210). Los demás cronistas citan otros muchos seres que tuvieron carácter religioso, como piedras, lagunas, culebras, etc..., y Garcilaso, cuando se refiere a ellos, llega a decir que adoraban todas aquellas cosas que sobresalían «tanto por su hermosura como por su fealdad».

Este culto perdurará tras las conquistas incaica y española. Las Casas refiere una curiosa anécdota que pone en tela de juicio el *laissez-faire* de los inkas para con los vencidos. Dice que una vez se presentaron ante Pachacuti varios hombres que le dieron «relación de los dioses a quienes servían y adoraban (y) dicen que de muchos de los que le referían se reía y burlaba... diciendo que era escarnio tener y adorar cosas tan viles por dioses» (Las Casas, 1948, 31).

## LA CERAMICA MOLLO DEL MUSEO DE VALENCIA

### Problemas en torno a la Colección Vela

El Museo de Prehistoria de Valencia cuenta hoy con una de las colecciones de cerámica bolivianas más importantes del mundo, exceptuando las que se encuentran en el país de origen. Dicha colección fue donada hace unos años por Rubén Vela, cónsul de la Argentina en Valencia por aquellas fechas, y está formada por materiales líticos de Viscachani, vasijas de El Palmar, Cliza y Cochabamba; otro considerable número de piezas tiwanakotas, alguna de ellas estéticamente excepcionales; vasos pertenecientes a las culturas Mollo, tipos Piñiko y Kollau; unos pocos ceramios inkaicos, nazcoides, presto-puno y, finalmente, un ídolo antropomorfo, publicado por Alcina en la revista del mismo Museo (Alcina, 1966-b).

Toda la colección fue dada a conocer a través de una publicación del Museo de Valencia presentada con ocasión del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, con un prólogo de Rubén Vela en el que se adelantaban los aportes de dicha colección a la Arqueología boliviana y se trazaba además un bosquejo del panorama actual de estas culturas. Desgraciadamente este catálogo ha sido poco difundido en América. Se trata de la publicación fotográfica más importante de todas cuantas se conocen sobre Arqueología boliviana (Catálogo, 1964).

Por nuestra parte, en el verano de 1964 hicimos el estudio de Laboratorio de esta colección en el Museo de Valencia y en 1968 lo presentábamos en la Universidad de Sevilla como tesis de Licenciatura. Excluimos de nuestro trabajo los materiales líticos, que aún están por estudiar.

La marcha de Rubén Vela de Valencia dejó, no obstante, algunas dudas sobre la colección; la más importante de todas era sin duda la que se refería a la procedencia de los materiales. Tratamos de resolver este problema poniéndonos en contacto con él personalmente, sin obtener información alguna. Posteriormente Ibarra Grasso y Ponce Sanginés, y el matrimonio Mesa, durante su estancia en Sevilla, nos dieron datos sobre la procedencia de las vasijas. Al parecer las

piezas líticas eran de una recolección superficial llevada a cabo por el propio Rubén Vela en compañía de Ibarra Grasso; los materiales tiwanakotas procedían de excavación, mientras que las vasijas Mollo habían sido donadas por algún arqueólogo y las inkaicas compradas en parte.

Como quiera que sea, Rubén Vela trajo clasificadas las piezas de esta colección, y aunque, al parecer, fue ayudado por arqueólogos profesionales, contenía errores de bulto. En lo que se refiere a las vasijas Mollo, que son las que ahora interesan para nuestro estudio, se clasificaban como tal un vaso que típicamente pertenece a la cultura Yura.

El estudio de esta colección ofrecía, como se ve, algunas posibilidades. En principio se hacía necesario rectificar los errores de clasificación del catálogo y ordenar los materiales bien cronológica o tipológicamente, según las posibilidades; y lo que es más importante, incluirlos dentro del marco actual de los estudios arqueológicos, señalando aportaciones allí donde fuese posible.

### **Decoración de la cerámica Mollo**

El empobrecimiento que se observa en la cerámica tiwanakota del período expansivo se agudiza de modo alarmante, llegándose a un verdadero caos de las formas decorativas, cuando se entra en el campo de la cerámica Mollo.

Aunque se piensa por parte de algunos (Ponce, 1957-b, 79-82) que los temas de este estilo son independientes de los tiwanakotas, tratándose así de probar una originalidad absoluta bastante dudosa, puede afirmarse que los diseños están inspirados, en parte, en los del período anterior, aunque son de ejecución muy pobre. Los dibujos son irregulares, hechos de cualquier manera y sin ningún sentido estético. Asimismo es nula la preocupación por una estética formal, dando la sensación de que todo se hizo con prisa.

Abundan los temas geométricos y se usan predominantemente los dientes de sierra, triángulos encadenados, cruces, pequeños círculos, a veces triángulos concéntricos, pequeños rombos, diseños parecidos a las alas de la mariposa abiertas, etc. Las líneas curvas se emplean con menos frecuencia. Es también escasa la decoración de animales y los vasos que

presentan esta clase de dibujos parecen pertenecer a una época tardía. Los temas fitomorfos son aún más raros.

Quizá el problema más interesante que puede plantear el estudio de la decoración, como el de todo el estilo, sea el de su origen. Ponce Sanginés (1957-b, 81) niega que la cerámica Mollo sea «derivada someramente de la tiwanacuense, salvo el diseño escaleriforme —aunque puede tener también origen tecnógeno— que aparece de cuando en cuando y la línea ondulada trazada a veces cerca de los bordes de las vasijas». Ibarra Grasso opina de otra manera. Para él, «todo este conjunto recuerda formas empobrecidas del Tiahuanaco Expansivo o Decadente y es notable el hecho de que mucho de ello, en forma más completa y más perfectamente trazada, forma la base de la decoración geométrica incaica» (Ibarra Grasso, 1965, 152).

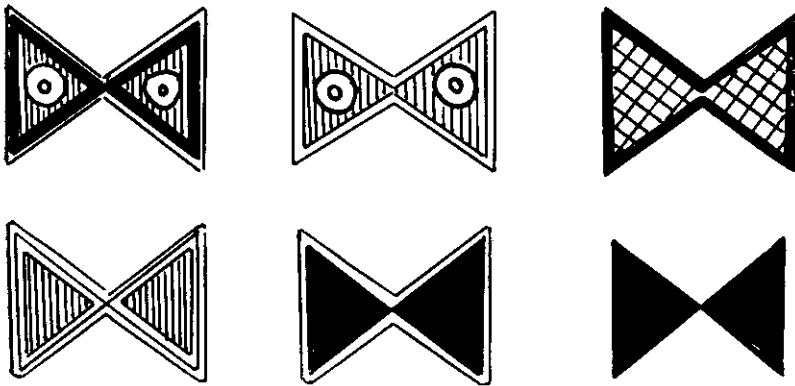


Fig. 1.

Las dos tesis, elegidas entre lo más representativo de la ciencia arqueológica boliviana, muestran los términos en que ha de plantearse el problema. ¿Es la cerámica Mollo, y concretamente su decoración, autónoma e individual, o, por el contrario, se deriva de la tiwanakota? Y aún es posible una segunda interrogante: ¿No estamos ante un estilo en el que confluyen, en mayor o menor proporción, lo tiwanakota y lo regional?

La respuesta a la primera pregunta es fácil. Repetimos casi con las mismas palabras antedichas que concederle la razón

a esta tesis equivaldría a negar un prestigio a Tiwanaku, en el sentido de fuerte personalidad y capacidad de influir. La afirmación de Ponce Sanginés va demasiado lejos, ya que todos los motivos decorativos no son nuevos, aunque sí es nueva la manera de interpretarlos. Por otra parte, el artista mollo revela una pobreza imaginativa tan grande que, en los dos siglos en que perduró el estilo, introdujo escasísimas novedades en los temas y aun cuando lo hizo fue con timidez.

Hay vasos, los más antiguos, que denotan con toda claridad la influencia del período expansivo, mientras que los más recientes muestran ya la influencia de lo inkaico; pero todas estas vasijas que aparecen en el lapso de dos siglos están decoradas con los temas que apuntábamos antes hasta la saciedad.

Queda por probar, y en el estado actual de la cuestión resulta casi imposible, el papel que haya jugado el regionalismo en los motivos de la cerámica Mollo. Personalmente opinamos que existe ese regionalismo, es decir, una forma distinta de interpretar los temas en las diversas zonas, dentro de lo que abarcó el horizonte tiwanakota, con una nueva aportación imaginativa. Ibarra Grasso (1965, 153) reconoce estos aditamentos particulares. «Se trata —dice— de una continua-

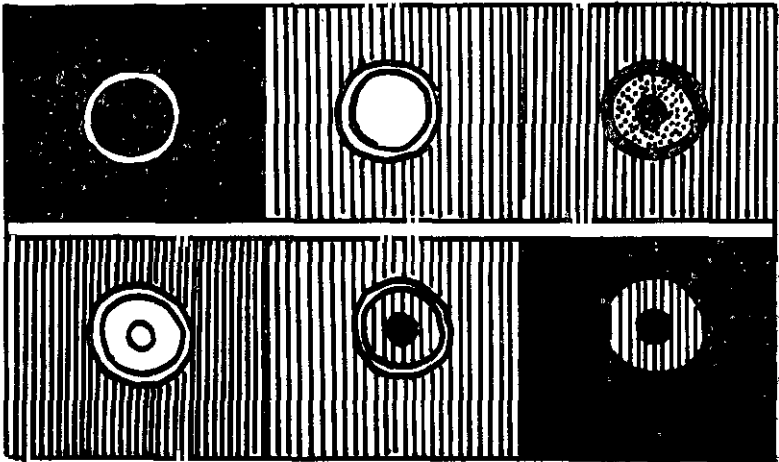


Fig. 2.

ción de la época ya decadente del Tiahuanaco Expansivo, con agregados locales para el caso Mollo.»

A nuestro entender, éste es sólo el planteamiento del problema. Lo que realmente interesa es saber cuáles son las características peculiares del referido regionalismo y el grado en que se produjeron, aunque en general puede admitirse que las regiones marginales a la zona de influencia de Tiwanaku parecen mostrar un cierto desdén por los temas tradicionales e introducen numerosas novedades, como ocurre en la costa Norte de Chile, mientras que en las zonas próximas geográficamente al centro ceremonial las influencias tiwanakotas se producen en mayor grado.

Hay que insistir una vez más en que los conocimientos actuales no permiten una visión clara del problema, ni el que puedan formularse soluciones de mediano acierto hasta que sucesivas excavaciones nos proporcionen nuevos materiales. Siendo esta una época de escasos datos históricos, y si existen, se prestan a confusión, toca a la arqueología dar respuesta a todos los interrogantes que se vienen planteando. El método a seguir para delimitar influencias y posibles subestilos dentro de esta cultura debe ser forzosamente comparativo y los resultados han de obtenerse como consecuencia de un estudio intensivo de los materiales en el laboratorio.

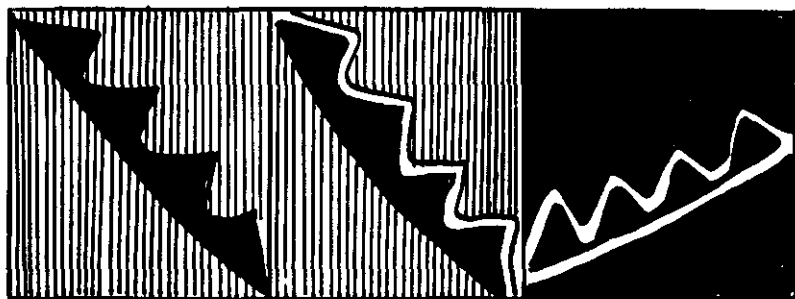


Fig. 3.

En nuestra Tesis de Licenciatura seguía a esta parte un estudio de este tipo, forzosamente relativo por la escasez de piezas observadas, aunque comparaciones con materiales aje-

nos a los de esta colección revelaban una serie de constantes que serán objeto de una publicación posterior. Para el caso de la cerámica Mollo, se llegaba a delimitar que lo que se conoce como Mollo-Kollau y Piñiko-Mollo eran en realidad dos cosas diferentes.

### Motivos decorativos de la Colección Vela

Los motivos de la cerámica Mollo son, como ya hemos afirmado, predominantemente geométricos, hecho al que no escapan los ejemplares de la Colección del Museo de Valencia. Pese a que casi todas las vasijas suelen estar decoradas, los temas son muy concretos y se reconocen fácilmente.

Describimos a continuación los más frecuentes, señalando las variantes de ejecución y las formas a que corresponden dentro de la clasificación.

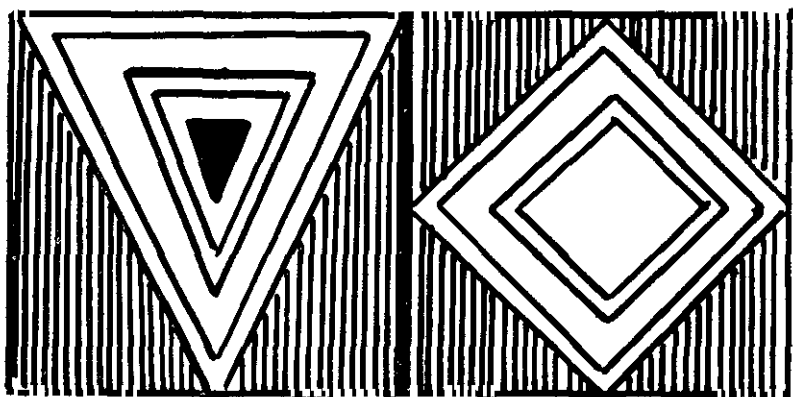


Fig. 4.

#### a) *Alas de mariposas*

Es sin duda el tema más original de la cerámica Mollo. Posnansky describió uno parecido a éste en el período tiwanakota que para él simbolizaba la tierra. Este mismo motivo pasará más tarde a formar parte de la decoración geométrica incaica.

Dentro de la Colección Vela el motivo parece identificarse



predominantemente con las formas denominadas *pucos* y *pucos dobles*. (Fig. 1.)

#### b) *Círculos*

Este tema es muy frecuente en la cerámica tiwanakota. Posnansky (1942, 112-113), con no poca imaginación, creyó que eran el anagrama de astros, diferentes según el color. «El blanco representa la mayoría de las veces el sol; el amarillo, la luna, y un círculo pequeño pintado de blanco, Venus u otro astro muy notable en el cielo nocturno».

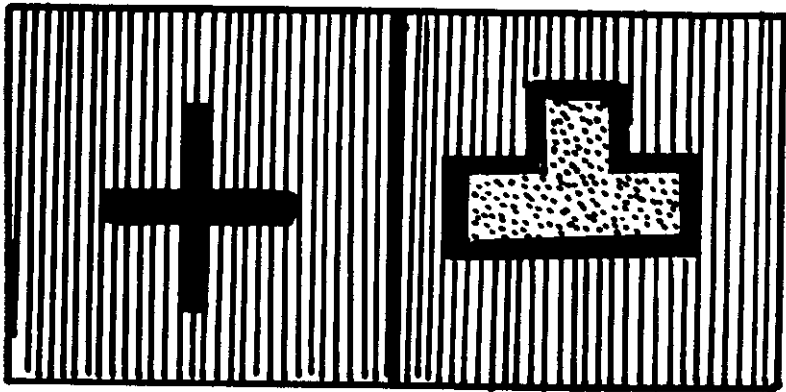


Fig. 5.

Aunque su interpretación pudiera ser otra, no cabe duda que existe en este tema algún simbolismo, ya que aparece numerosas veces asociado a algunas representaciones, por lo menos en Tiwanaku, aunque la cerámica Mollo podría haber asimilado sólo el motivo como elemento decorativo, independientemente de su significación.

Al igual que el tema anterior, éste también aparece con mayor frecuencia en los *pucos*. (Fig. 2.)

#### c) *Dientes de sierra*

El tema aparece en algunas vasijas tiwanakotas del período expansivo, aunque su uso es mucho más frecuente en la cerámica Mollo. Se forma por la unión de varios triángulos entre sí. (Fig. 3.)

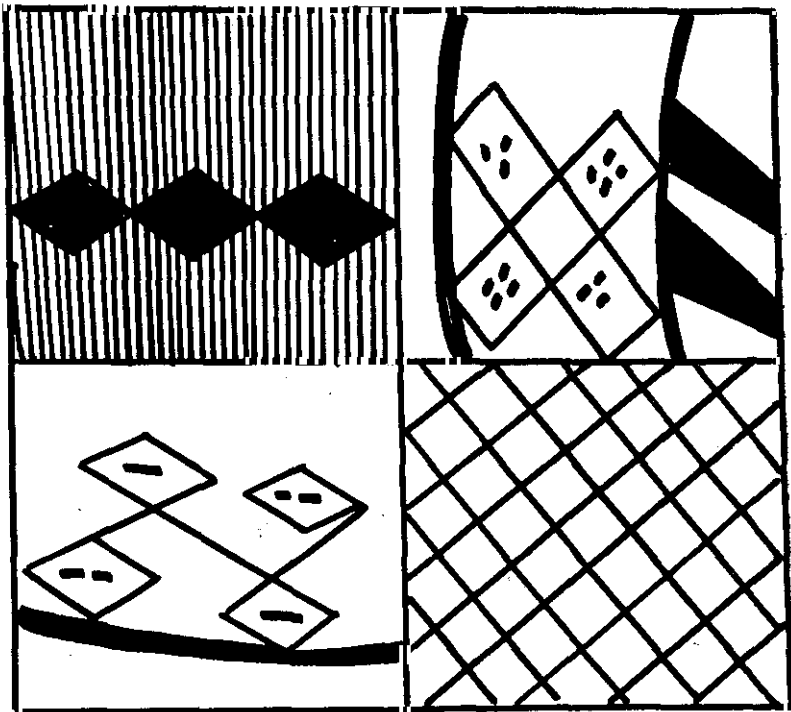


Fig. 6.

d) *Triángulos y rombos concéntricos*

Es uno de los temas más típicos de la cerámica Mollo, cuya relación con el estilo tiwanakota desconocemos y que más tarde influirá en la decoración geométrica incaica. Quizá lo más destacable de este motivo es el color con que se ejecuta: un tono rojizo brillante que apenas destaca sobre el fondo de la vasija. (Fig. 4.)

e) *Cruces*

Tienen relación con algunos temas de la cerámica tiwanakota que Posnansky consideró como una posible variante del signo escalonado, cosa poco segura. También se ha supuesto el anagrama del agua, asimismo sin fundamento. En la Colección Vela existe por lo menos un vaso decorado con este motivo y otro que en cierta manera parece derivarse de él. (Figura 5.)

f) *Rombos*

Es tema muy frecuente y característico de la cerámica Mollo, a través de la cual pasó a formar parte de la decoración geométrica inkaica. Se utiliza como elemento decorativo aislado y a veces como especie de retícula o malla, formada por entrecruzamiento de líneas y subordinada a otras figuras. (Figura 6.)

g) *Curvas*

Hasta ahora, en la bibliografía existente se les ha solido conceder poca importancia como elemento decorativo. Ponce Sanginés (1957-b, 75-76) le presta poco interés, debido quizá a que su abundancia es mucho menor que la de las rectas. «Los adornos curvilíneos no son muy numerosos y casi siempre están asociados a los rectos. Los adornos con curvas (y)

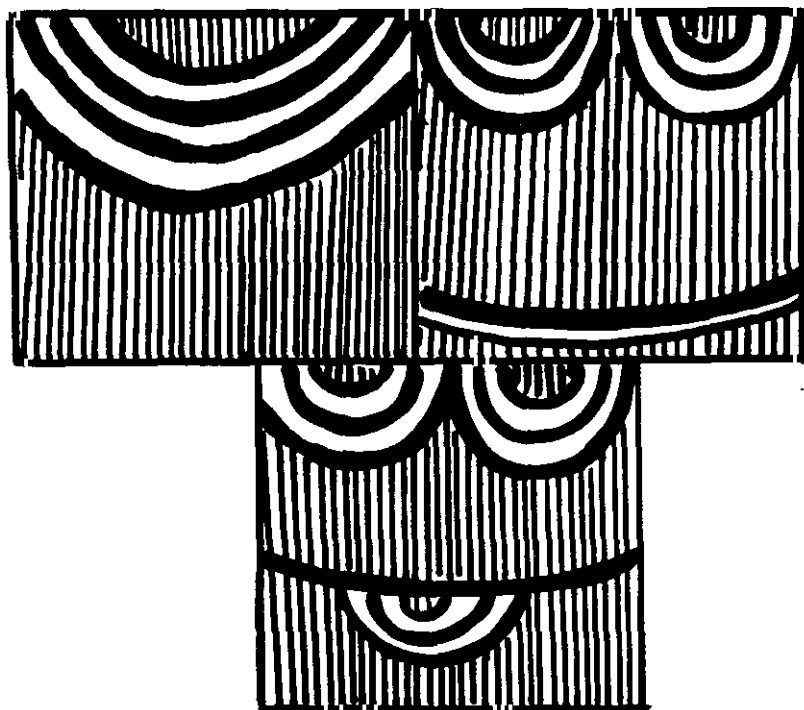


Fig. 7.

listas onduladas no abundan», pero indudablemente se trata de un motivo importante, que llega en algunos casos a constituir de por sí el tema central de un vaso. (Fig. 7.)

Las hay, 1), alargadas y onduladas y, 2), cortas. Las primeras son mucho más usadas, aunque su función es secundaria. Son derivadas del Tiwanaku Expansivo y su aplicación se reduce al borde inferior y exterior y a la base de los ceramios. Las cortas son de uso menos frecuente, aun cuando más importante, y se disponen en los vasos alternamente arriba y abajo. Finalmente, existen otros temas curvos, a veces asociados a rectas, muy diferentes entre sí, motivo por el cual no se reproducen aquí.

#### h) *Motivos zoomórficos*

Los temas de animales son muy escasos en esta cerámica. De los materiales que conocemos sólo existen algunos en la colección estudiada por Ponce Sanginés y otros que han aparecido aisladamente en los yacimientos. Estos motivos pueden deber su razón de ser a un contacto con la cerámica inkaica, lo que nos llevaría a clasificarlos en una época tardía.

Ibarra Grasso (1965) suscita el problema de que la decoración zoomórfica inkaica se derive de la del período Colla, suposición improbable, ya que no existe una tradición de este tipo de motivos en la cerámica Mollo.

#### i) *Motivos fitomórficos*

Es un motivo mucho más escaso aún que el zoomorfo. Hasta ahora sólo se conoce uno publicado, procedente de la colección estudiada por Ponce Sanginés. Nos parece que es también de este mismo tipo la decoración de uno de los vasos que tiene el Museo de Valencia y que está reproducido en el Catálogo.

#### j) *Varios*

Existen algunos otros temas puramente caprichosos que no se estudian aquí por representar una mínima parte entre los motivos Mollo y ser además muy diferentes entre sí. Todos ellos están asimismo reproducidos en el Catálogo del Museo de Valencia.

## Formas de la cerámica Mollo

El estudio formal de la cerámica Mollo no nos deparará nada nuevo sobre aquellas características que vimos al tratar de la decoración, sino que, por el contrario, corrobora la pobreza y falta de sentido estético que apuntábamos.

La tipología nos mostrará cómo se emplean formas típicas de la cerámica tiwanakota, aunque esta falta de personalidad se compense, en muchos casos, con la originalidad de la interpretación. Con todo, no puede decirse que sea una cerámica copiada de la del período anterior. Alguna forma, como el pucos con vaso lateral o los pucos dobles, el gran uso de las jarras y la decoración característica de estas vasijas, son de por sí suficientes para reconocer la presencia del estilo.

Otra cosa sucede con los pucos simples y los keros, formas típicamente tiwanakotas que pueden confundirse con las del período decadente, aunque las Mollo revelen siempre un menor cuidado y una mayor tosquedad en la forma.

Independientemente de su vinculación, todos los vasos presentan, en general, unas formas torpemente ejecutadas. No existe interés por un acabado perfecto y los bordes son sinuosos; las mismas paredes se inclinan o curvan irregularmente dando una sensación grosera.

Lo mismo puede decirse del material empleado, fácil de fragmentarse o desgranarse, lo que revela una cocción defectuosa. En cuanto desaparece el pulimento se hace patente el antiplástico.

Esta escasa preocupación por lograr formas esmeradas coincide con la pobreza de los colores y de los temas que ya empezó a vislumbrarse en la época decadente y entronca perfectamente con lo que hemos dado en llamar *época de vulgarización*.

El análisis de las formas de esta cerámica suele tener una mayor extensión en los estudios publicados que el de la decoración, y pese al escaso desarrollo en que se encuentran las investigaciones sobre estas culturas, contamos con algunas tipologías.

La más importante sobre cerámica Mollo, hasta el momento, se debe a Ponce Sanginés (1957-b), que llega a diferenciar hasta diez tipos. Anterior a ésta existe una de Ibarra

Grasso (1959), que por haberse publicado cuando aún no era suficientemente conocida esta cerámica, es muy incompleta. Posteriormente, el mismo autor (1965) incluye en su «Prehistoria de Bolivia» una más completa donde describe nueve formas y las designa, a veces, con nombres distintos a los de Ponce.

Por nuestra parte, un estudio más minucioso de los materiales nos ha llevado a descubrir algunas formas nuevas y cinco tipos, base de los demás. Son éstos:

- 1) Tazón o puco bajo.
- 2) Jarra.
- 3) Plato.
- 4) Kero.
- 5) Olla.

*Si se incluye la forma I de Ponce Sanginés, son seis estos tipos-base, aunque posiblemente ésta sea muy tardía y se deba a imitaciones de las vasijas ornitomorfos inkaicas. Su presencia entre los materiales típicamente Mollo es escasísima y no contamos hasta ahora con la situación estratigráfica de este vaso, lo que nos llevaría a conocer inmediatamente su vinculación cultural, aun cuando suponemos, como decimos anteriormente, que no es una creación autóctona.*

De estas cinco formas primarias se derivan algunas más que describimos a continuación (fig. 8):

A. *Puco bajo: Vaso de base plana y por lo regular de paredes rectas y finas. Es típicamente tiwanakota y Bennet (1936) lo describe con la forma E de su tipología.*

A-1 y A-2. *Puco de paredes curvas: Este vaso es una variante del anterior, aun cuando Ponce Sanginés lo describe en su tipología con la forma A como plato. Ibarra Grasso le da idéntica denominación a la nuestra. Suele tener base plana y paredes ligeramente inclinadas hacia fuera y gruesas. Puede llevar a veces un pequeño apéndice junto al borde (A-1) o un asa lateral (A-2).*

A-3 y A-4. *Puco bajo con vasito lateral: Vaso muy frecuente en la cerámica Mollo y uno de los más originales, aun cuando nosotros suponemos que es una variante de los pucos bajos. Se caracteriza por llevar adosado (A-3) o unido mediante un puente (A-4) un pequeño recipiente que puede haber*

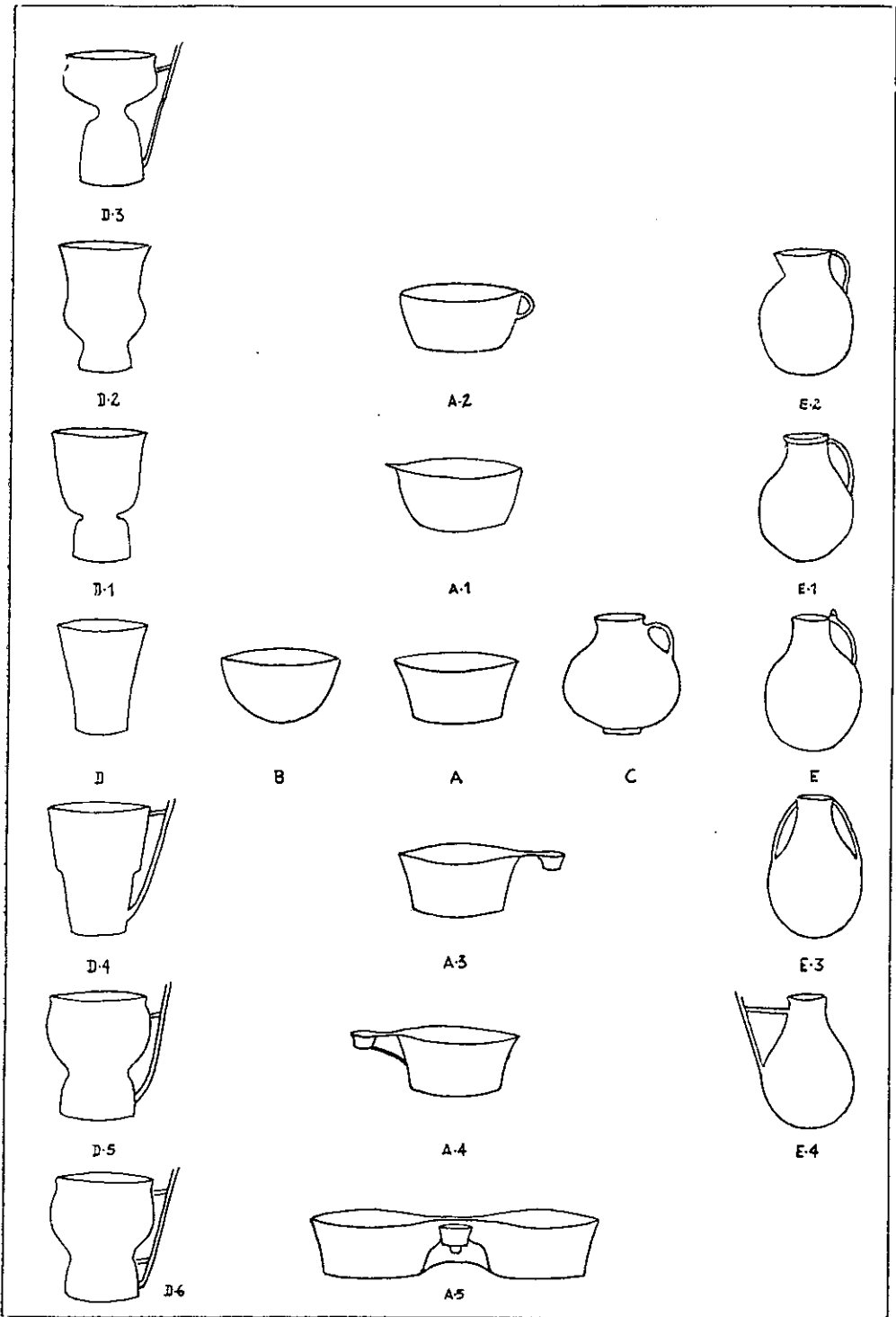


Fig. 8.

servido como asa y al mismo tiempo para contener alguna sustancia comestible excitante.

A-5. *Puco doble con vasito lateral*: Forma derivada directamente de la anterior. Se caracteriza por tener dos pucos unidos entre sí por un puente, en medio de los cuales, y junto al borde, se encuentra situado el pequeño vasito, cuya función debe ser análoga a la de la forma A-3.

B. *Plato*: Bajo esta denominación incluye Vela dos vasos uno de los cuales pertenece a otro tipo de cerámica diferente. El que por su decoración bien pudiera pertenecer al estilo Mollo, es bastante confuso y debe corresponder a una época tardía.

C. *Olla*: Es un vaso panzudo y de cuello muy corto, aunque de boca ancha. Suele llevar una sola asa que arranca junto al borde y termina hacia la mitad del cuerpo.

D. *Kero*: Es quizá la forma más típica de la cerámica tiwanakota y pervivirá en numerosas culturas hasta la llegada de los españoles. Abunda esta forma en la cerámica Mollo, aunque existen algunas variantes que se verán a continuación. Es un vaso de paredes inclinadas hacia fuera cuya boca tiene un mayor diámetro que la base.

D-1 y D-2: *Copa*: Vaso de dos cuerpos que nosotros consideramos derivados de la forma anterior. Tiene un pie de base alto, alguna vez cintura deprimida (D-1) y otras paredes convexas o cóncavas (D-2).

D-3. *Kero de cintura deprimida y asa lateral*: Forma derivada del tipo-base D, aunque en esquema también se parece a las copas (D-1 y D-2). Presenta un pie de base alto que puede llegar a alcanzar tanta altura como la parte superior. El asa se dispone generalmente como en las formas A-3 y A-5, aunque como en D-6 puede estar unida por dos puentes.

D-4. *Kero de cintura deprimida, paredes rectas y asa lateral*: Vaso de paredes gruesas. Hacia su mitad se quiebra la forma, dando la impresión de que la vasija está formada por dos cuerpos, donde la base apenas si tiene interés. Lleva asa lateral que arranca desde abajo y se prolonga paralelamente a la pared aun por encima de la altura de la boca, de donde parte un pequeño puente que la une.

E. *Jarra*: Forma muy parecida en su conjunto a la C, aun-



que de forma más alargada y menor diámetro en la boca. Puede presentar las siguientes variantes:

E-1 y E-2. *Jarra de asas laterales hasta el cuerpo*: Sólo se diferencia de la forma tipo en esa particularidad que se señala en el título. Puede tener el cuello rebordeado (E-1) o paredes ligeramente convexas en la boca (E-2).

E-3. *Jarra de asas laterales hasta el cuello*: Derivada del tipo-base E y se diferencia del resto por tener las asas muy cortas. Ponce no considera esta forma como tipo, cosa que sí hace Ibarra Grasso.

E-4. *Jarra con asa lateral vertedera*: Forma sumamente interesante por llevar unido por un puente que arranca desde el cuello una vertedera, aunque probablemente su función es decorativa.

## APENDICE

Con referencia número 846, lámina LIII (Catálogo, 1964), clasificó Vela como Mollo una vasija que desde el primer momento nos llamó la atención, ya que no se ajustaba claramente a ninguna de las formas tipológicas ni decorativas más comunes de esta cerámica. Posteriores comparaciones con vasos de otras colecciones nos llevaron a la conclusión de que la pieza en cuestión había sido mal clasificada y pertenecía a un tipo cerámico denominado Yura.

El descubrimiento de esta cerámica es muy reciente y se debe a Ibarra Grasso, aunque se conocían ya algunos ejemplares descritos por Crequi-Monfort (1904) que procedían de excavaciones en las tumbas prehispánicas del valle de Cagua, a 350 kilómetros de Calama, donde también había encontrado vasos pertenecientes a este estilo. Se creyó entonces que estaban relacionadas con los antiguos «quichuas». Cronológicamente es muy tardía y en algunos yacimientos llega a aparecer mezclada con los materiales inkaicos.

El tono del vaso que describimos es muy rojizo y su forma bastante regular. Tipológicamente pertenece a la forma C de Ibarra (1965, 265) y su decoración se ajusta a la descripción que hace este autor: «El motivo fundamental de adorno... consiste en una banda que recorre el cuerpo de la pieza formando

como un zig-zag horizontal y dejando a sus lados una serie de triángulos. Comúnmente estos triángulos son tres arriba y tres abajo, con puntas encajadas en forma alternada siguiendo los zig-zag. En el interior de los triángulos referidos hay un óvalo claro, a veces triangular también, en el cual aparecen puntos, eses y cruces.» El color es siempre negro sobre fondo rojo.

Se relaciona esta cultura con algunas del Noroeste argentino, concretamente con los tipos cerámicos que Bennett denominó «Poma Black-on-Red», «Jachal» y menos con «Tilcara». Coinciden tanto en la monocromía como en la distribución de los dibujos en tres partes, raramente en cuatro. Algunas de las formas son también parecidas.

Estilísticamente, la cerámica Yura está ligada a la Mollo, y aunque es más tardía, están ambas integradas en el mismo horizonte. Incluso algunos motivos parecen relacionarla con lo que Ibarra Grasso llamó «Colla» (Ibarra, 1965, 280).

#### BIBLIOGRAFIA

Alcina Franch, José.

1966-a La historia indígena de América como un proceso. *Anuario de Estudios Americanos*. XXIII, 445-477. Sevilla.

1966-b Un monolito de Tiahuanaco en Valencia (España). *Archivo de Prehistoria Levantina*. XI. 249-253. Valencia.

Bennett, Wendell C.

1948 Northwest Argentine Archaeology. *Yale University Publications in Anthropology*. Núm. 38. New Haven.

Catálogo.

1964 *De la Colección Vela de Prehistoria Americana*. S. I. P. Diputación Provincial. Valencia.

Cardus, R. P. Fr. José.

1886 *Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia. Descripción del estado de ellas en 1883 y 1884, con una noticia sobre los caminos y tribus salvajes. Una muestra de varias lenguas. Curiosidades de Historia Natural y un mapa para servir de ilustración*. Barcelona.

Casanova, Eduardo.

1946 The Cultures of the Puna and the Quebrada of Humahuaca. *Handbook of South American Indians*. II. 619-631. Washington.

Crequi-Monfort, G. de.

1904 Fouilles dans la Necropole de Calama. *XIV Congreso Internacional de Americanistas*. Part. 2. 551-567. Stuttgart.

Dudan, L.

1949-51 El sapo como elemento etnográfico comparativo. *Revista del Ins-*

*tituto de Antropología de la Universidad Nacional. Vols. V-VI. 191-219. Lima.*

Garcilaso de la Vega, Inka.

1943 *Comentarios reales del Perú*. Emecé Editores. Buenos Aires.

González, Alberto Rex, y José Antonio Pérez.

1966 *El área andina meridional. Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. I. 217-230. Sevilla.*

Ibarra Grasso, Dick Edgar.

1944 *Las ruinas y la cultura de los Yuras. Revista Geográfica Americana. Núm. 217. Buenos Aires.*

1953 *New Archaeological Cultures from the Departements of Chuquisaca, Potosí and Tarija, Bolivia. American Antiquity. XIX-2, 126-129. Salt Lake City.*

1959 *Nuevos estilos en la cerámica indígena de Bolivia. Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón. Publicaciones de la Universidad de Cochabamba.*

1962 *Mapa arqueológico de Bolivia. Ministerio de Educación. La Paz.*

Lafón, Ciro René.

1957-58 *Ensayo sobre cronología e integración de la cultura Humahuaca. Runa. IX, 217-230. Buenos Aires.*

1967 *Un estudio sobre funebria Humahuaca. Runa. X, 195-255. Buenos Aires.*

Las Casas, Fray Bartolomé de.

1948 *De las antiguas gentes del Perú. Lima.*

Matos Mendieta, Ramiro.

1966 *La Economía durante el período de Reinos y Confederaciones en Mantaro. Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. II, 95-99. Sevilla.*

Murúa, Fray Martín de.

1946 *Los orígenes de los inkas. Lima.*

Nordenskiöld, Erland.

1906 *Perus och Bolivias Gränstrakter. Stockolm.*

Plafker, George.

1963 *Observations on Archaeological Remains in Northeastern Bolivia. American Antiquity. XXVIII-3, 372-378. Salt Lake City.*

Ponce Sanglinés, Carlos.

1947 *Cerámica tiwanacota. Revista Geográfica Americana. Vol. XXVIII. Núm. 170. Buenos Aires.*

1957-a *Una piedra esculpida de Chiripa. En Arqueología Boliviana. 121-141. La Paz.*

1957-b *La cerámica Mollo. En Arqueología Boliviana. La Paz.*

1961 *Breve comentario acerca de los fechados radiocarbónicos en Bolivia. Encuentro Arqueológico Internacional de Arica.*

1964 *Descripción sumaria del templete semisubterráneo de Tiwanaku. C. I. A. T., Núm. 2.*

Ryden, Stig.

1947 *Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia. Göteborg.*

1952 *Chullpa-Pampa. A Pre-Tiahuanacu archaeological site in the Cochabamba Region. Bolivia. Ethnos. 4. Stockolm.*

Tschopik, Marion H.

- 1946 Some Notes on the Archaeology of the Department of Puno, Perú. *Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*. Harvard University. Vol. 27. Núm. 3. Cambridge.

*Seminario de Antropología Americana.*  
*Universidad de Sevilla.*